

la vez sea político. Este mientras de ciencia ó de literatura escriba no lo hemos visto censurado por nadie, porque sus producciones sean publicadas en esta ó aquella revista, en este ó en aquel diario, ó representadas en este ó aquel teatro. No importa que la revista ó el diario sustenten diferentes opiniones políticas que las suyas. Y así debe ser; porque tal como V. supone que debiera ser, cada partido habría de sostener un número de revistas y periódicos en que solo tendrían cabida los correligionarios, y que V. siendo lógico con sus ideas, fusilar ó excomulgaria, según el caso, al escritor-correligionario que publicara sus trabajos en periódico ó revista diferente de la de su partido. Y siguiendo la lógica de su especial manera de razonar, para los autores dramáticos habría que crear un teatro en que se representarían obras exclusivamente de correligionarios; esto es, de posibilistas, de centralistas, de carlistas de monárquicos, es decir, un teatro para cada partido político. Y siendo más lógico todavía, pero siempre según su lógica particular, habría que prohibir que nadie leyera más obras que las obras escritas por sus correligionarios. Si V. admite lo primero ha de admitir lo segundo. Y ya se ve á que absurdo esto conduciría.

Por lo que se refiere al político y al que escribe de política, creo que los dos pueden dar sus elucubraciones políticas en la revista, en el periódico que las admita. Qué importa que la publicación sea de diferente pensar que el suyo. Al fin y al cabo ganan en dar publicidad á sus ideales, y, por lo tanto, pueden hacer más propaganda á favor de estos. Nadie pienso censuraría que un republicano, desde las columnas de un periódico monárquico, hiciera propaganda republicana. La producción política, pues, puede y debe producirse también en el periódico, en la revista cualquiera que sea, aunque la publicación sostenga diferente ideal. Lo que hay es que una publicación política cuando de ideal político se trata, no pública, y hace bien, más que lo que defiende ó propaga sus ideales. Luego el límite, la valla que encuentra el escritor político no es él el que se la pone, no es él el que deba ponérsela, son las publicaciones políticas. Por eso, pues, mientras un periódico político no le publicará en cuestiones políticas más que lo que le convenga á las ideas que defiende, en cambio le dará á luz, sin cuidarse de sus opiniones políticas, todo cuanto se refiere á cuestiones científicas, litera-